

migo con imprevistos golpes, aplastarlo con el número. Este sistema no sólo era el más conveniente, era también el único posible. Lo imponía el estado de las tropas, no bien armadas ni aleccionadas aún, y lo demandaban á voz en grito el temperamento francés y el furor revolucionario. El resultado no pudo ser más lisonjero, pero á costa de muchísima sangre. De mil setecientos noventa y dos á mil ochocientos, se calcula que fueron llamados al servicio dos millones ochenta mil hombres, de los cuales setecientos veinte mil perecieron con las armas en la mano, y no fué inferior la cifra de los heridos y enfermos. Pero ¿qué importaba? Los muertos no se contaban. Se marchaba adelante, siempre adelante, sin mirar los que caían en el camino. La muerte ó la victoria, y entre las dos, la guerra con todas sus consecuencias. Conforme á esta disposición de los ánimos, el diez y ocho de Septiembre del noventa y tres se promulgó, á propuesta de Saint-André, un nuevo código de guerra, en cuya virtud, abandonándose toda idea filantrópica, «se ejercitarían en adelante, con los países é individuos subyugados por las armas, los derechos ordinarios de guerra», á saber: tomar rehenes entre los notables; desarmar á los habitantes; levantar contribuciones en género ó en metálico, á costa principalmente de los ricos, de los privilegiados y de las corporaciones religiosas, mediante resguardos; apoderarse de las propiedades públicas; arrasar las fortalezas; destruir puentes, canales y presas; en suma, hacer no una guerra de redención, sino una guerra de muerte, cruel, implacable, hasta rendir á discreción «á la coalición de los tiranos contra la libertad.»

Por todas las circunstancias mencionadas, por el inmenso esfuerzo de la República y por la debilidad de la coalición, el mes de Agosto del noventa y tres, el de mayor peligro para Francia, fué también el punto de partida de su rehabilitación. Las innumerables tropas suministradas por los reclutamientos se organizaban y concentraban; el Comité de Salvación Pública imponía su omnipotente voluntad á una jerarquía de valientes oficiales, y afluía al ejército todo lo que había en Francia de sano, de inteligente, de patriota. El espectáculo fué grandioso, conmovedor, sublime, único en el mundo. Jamás se había visto ni se ha vuelto á ver después, suspenderse en un pueblo la vida nacional para consagrar todas sus energías, á la guerra; jamás se había visto ni se ha vuelto á ver después, á todos los ciudadanos de una vasta nación, por libre decisión de cada uno, olvidar afecciones é intereses personales y de familia, y lanzarse como un sólo hombre á la guerra para defender la libertad. Milagros del patriotismo, que en grado tan eminente sólo Francia sabe sentir. Se salvó todo lo que se quería salvar: la independencia nacional mas las conquistas políticas y sociales de la Revolución. Veamos cómo.

El general en jefe austriaco, Coburgo, concibió un atinado plan: que las tropas que habían tomado á Valenciennes atacasen las plazas del Samara y del bajo Soma, y que entrasen en Lorena las tropas que habían tomado á Maguncia, con lo que los dos ejércitos se acercarían y apoyarían el uno al otro. Pero ni Inglaterra ni Austria lo aprobaron: Ingla-

terra, porque quería á Dunquerque; el Austria, porque quería la Alsacia. En su consecuencia, el ejército aliado del Norte se dividió en dos, yéndose Coburgo con el uno á sitiar á Quesnoy, y el duque de York con el otro á sitiar á Dunquerque. Cercó esta plaza el de York con veintinueve mil ingleses y austriacos, dejando quince mil hanoverianos de observación sobre el Isér, al mando de Freytag, y un cuerpo de holandeses de igual fuerza en Menin. Carnot, al observar tan descabellados movimientos, envía á Houchard, que había reemplazado á Custine en el mando del ejército del Norte, refuerzos considerables y la orden de reunir todas las fuerzas disponibles y libertar á Dunquerque. «El honor de la nación, le escribía, estriba en eso. Pitt no puede sostenerse sino indemnizando al pueblo inglés con grandes éxitos. Llevad fuerzas inmensas á Flandes, y expulsad de allí al enemigo.» Pero Houchard, que, aunque bravo, era rutinario y de no gran capacidad, cometió varios errores: sólo llevó consigo veinticinco mil hombres, dejando dispersos en varias guarniciones más de treinta mil; en lugar de cortar la retirada del duque de York, atacó de frente al ejército de observación de Freytag; en la batalla llamada de Hondschoote, que duró tres días del seis al ocho de Septiembre, se mostró vacilante, debiéndose la victoria al empuje de Jourdan, á la energía de los representantes en comisión y á la feliz salida de la guarnición de Dunquerque, mandada por el heroico oficial Hoche; pudo al día siguiente de esta batalla destruir ó echar al mar los ejércitos de York y de Freytag, y sólo envió contra ellos pequeños destacamentos. Con todo, Dunquerque estaba salvada; el deseo de Carnot, satisfecho. Entusiasmo delirante produjo en París la noticia de la victoria de Hondschoote, porque nada podía interesar á la sazón el sentimiento nacional como una victoria sobre los ingleses. Pero esta alegría trocóse en tristeza á los pocos días por la pérdida de Quesnoy, que se rindió á Coburgo el once de Septiembre, y por el fracaso que sufrió Houchard en un ataque que ordenó en Menin contra los holandeses. Los representantes en comisión y la opinión pública se desencadenaron contra el pobre Houchard, que fué destituido, arrestado, llevado ante el Tribunal revolucionario y condenado á la guillotina. Acto de barbarie que habrían censurado hasta los cartagineses.

El sucesor de Houchard fué Jourdan, veterano del ejército de América, que á su regreso había tenido que abandonar, por no ser noble, las charreteras y dedicarse á ayudar á su mujer en un comercio de mercería, hasta el año mil setecientos noventa y uno, en que fué nombrado comandante de uno de los batallones voluntarios del Alto Vienne y subió en breve á general y jefe de ejército. La situación era crítica. Desde Quesnoy, Coburgo se había corrido hacia el Sambre y puesto sitio á Mauberge, emplazando un cuerpo de observación de cuarenta y cinco hombres á unas dos leguas de la plaza, sobre alturas defendidas por bosques y barrancos, cuya principal y verdadera llave de la posición era la aldea de Wattignies, en términos que, tomada ésta, forzosamente había de ser levantado el sitio. Jourdan reunió poco más de cuarenta mil hombres, en Guisa, punto de cita

de todos los reclutas. Vacilaba el Comité de Salvación Pública si dar ó no la batalla, cuyas consecuencias, caso de perderse, habian de ser funestísimas. Carnot le decide á ello, prometiendo ir en persona á dirigir las operaciones. No bien llega Carnot al campamento, el ejército se pone en marcha hacia Avesnes. Era tal la confianza de Coburgo en sus tropas y en su posición que se le fueron estas palabras: «Confieso que los franceses son altivos republicanos, y yo prometo hacerme también republicano si me echan de aquí.» Al enterarse los soldados franceses del dicho, gritaron todos á una: «Vamos, vamos á obligar al ciudadano Coburgo á que cumpla su palabra.» Y marcharon al combate cantando, andrajosos, descalzos, con panes en la punta de las bayonetas. El primer ataque, varias veces renovado, fracasó, en vista de lo cual Carnot decide, en consejo de guerra, que la izquierda y el centro vengan á reforzar la derecha, para llevar todo el empuje sobre Wattignies. Tan aventurada era la empresa que Jourdan hubo de decirle: «¿Carga usted con toda la responsabilidad?»—«Yo cargo con todo», respondió Carnot. Espesa niebla favoreció la operación, y al día siguiente al medio día, diez y seis de Octubre, los austriacos vieron con espanto delante de ellos una masa de veinticuatro mil hombres subiendo al asalto de la meseta de Wattignies. A la tercera embestida, la fortaleza se tomaba y los austriacos perseguidos hasta los altos matorrales de Glarges; pero allí, pelotones de caballería, enviados á toda prisa por Coburgo, caen sobre la brigada de vanguardia, la rompen, y el general de ésta ordena la retirada. Carnot que lo ve, acorre, rehace la brigada, destituye á su general, baja del caballo, coge un fusil y se pone á la cabeza de la brigada formada en columna, al tiempo que el otro representante, Duquesnoy, avanza con Jourdan á la cabeza de otra columna, y que el hermano de Carnot, coronel de artillería, arremete con doce piezas de la ligera contra el flanco de la caballería; y ésta se desbanda, todo huye, y los dos representantes del pueblo se juntan en las altas cumbres de Glarges y se abrazan, á la vista de todo el ejército, gritando locos de alegría: «¡Viva la República!» Durante la noche, Coburgo levantó el sitio y repasó el Sambre. El efecto moral de esta victoria fué inmenso, y en cuanto al material, detuvo desde luego y definitivamente el progreso de los aliados por la frontera del Norte. Veamos lo que pasaba en la del Este.

Después de la pérdida de Maguncia, los austriacos, mandados por Wurmser, habian rechazado á los franceses hasta más allá del Lauter; los prusianos, á las órdenes de Brunswick, habían avanzado hasta la importante posición de Wœrth, y si estos dos jefes hubiesen logrado ponerse de acuerdo, también Strasburgo hubiese caído en su poder. El peligro era inmenso. Nada había que esperar del ejército francés, completamente desmoralizado, y no digamos del estado político y civil de Alsacia, dominada por anarquistas de peor especie, si cabe, que los hebertistas de París, á cuya cabeza se hallaba un ex-monje alemán. Schneider, que rodeado de una pandilla de ex sacerdotes y de monjes exclaustros, sembraba la ruina ó la muerte á medida de sus odios y venganzas; y usaba del espanto que su

nombre inspiraba para satisfacer sus criminales pasiones. Conocedor el Comité de Salvación Pública de estas desdichas, pone á la cabeza de los ejércitos del Rhin y del Mosela á dos jefes admirablemente bien escogidos, y envía en comisión á Saint-Just y Lebas, que han quedado como los modelos más perfectos de representantes en el ejército. Sus medidas fueron radicales; severísimas, las penas. Fusilado, el soldado que abandonase el campamento para vagar por las calles de Strasburgo; fusilado, el oficial que en campaña se desnudase para dormir; fusilados, los agentes de la administración prevaricadores y concusionarios; fusilada, la persona convicta de inteligencias con el enemigo; degradado y obligado á servir como soldado, el oficial á quien se viese en la comedia. Disciplina de hierro, que el soldado aceptó con gusto, porque, si mucho se exigía de él, vió que al mismo tiempo se hacía todo lo humanamente posible para aliviar sus sufrimientos. Se obligó á los abastecedores á proveer al ejército de víveres abundantes y de buena calidad; á los paisanos, á cambiar á la par los asignados por moneda; á los ricos de Strasburgo, á satisfacer un empréstito de nueve millones, bajo pena de ser expuestos en el tablado de la guillotina; y los hoteles de los potentados se destinaron á hospitales, y se comisaron todos los capotes de los ciudadanos para los soldados sin abrigo, y dos mil camas para los heridos ó enfermos, y diez mil pares de zapatos para los que no los tenían. «Diez mil soldados están descalzos; es menester que usted descalce á todos los aristócratas de Strasburgo y que mañana, á las diez en punto, los diez mil pares de zapatos estén marchando para el cuartel general.» Así mandaba Saint-Just, que ahora se acreditó de organizador y activo. En lo civil, fundó ó protegió una sociedad de propaganda, para difundir las ideas y las costumbres francesas; creó escuelas gratuitas, para la enseñanza del francés en todos los ayuntamientos alsacianos y loreneses, y acabó con el tirano de Alsacia, Schneider, que un día amaneció expuesto en el cadalso entre dos criados del verdugo.

El nuevo general del ejército del Mosela fué Hoche, aquel valiente joven que con tanta bravura había defendido á Dunquerque; el nuevo general del ejército del Rhin, Pichegru. Nada de carácter tan opuesto como estos dos jefes. Sólo se parecían en lo humilde de su nacimiento, por el que, sin la Revolución, ninguno de los dos hubiese pasado de sargento, y en haberse afiliado al partido más exaltado, el jacobino, aunque por móviles bien distintos: Pichegru, por cálculo de ambición; Hoche, por el ardor de la juventud. Frío, reflexivo, taimado, sin gran experiencia de la guerra, al extremo de no conocer las trincheras enemigas más que por haberlas visto desde Huniuga con antejo, pero dotado de recto sentido, de calma imperturbable y del arte de hacerse querer de los soldados, que le llamaban padre: este era Pichegru, á quien, por sus opiniones, y, sobre todo, por su modestia y deferencia simuladas, Saint-Just empujó al mando, sin oposición por parte de Carnot, que le distinguía entre los nuevos oficiales generales. Tenía Pichegru treinta y dos años; Hoche, veinticinco. Noble, leal y sincero; altivo, impetuoso, irascible cuanto

magnánimo; temerario hasta la locura, y juntamente, de sagacidad extraordinaria, dominando de una mirada los más grandes conjuntos; reflexivo y ejecutivo, todo á un tiempo, por hermanar cualidades que parecen antagónicas, la vivacidad de expresión con la profundidad de pensamiento: tal era Hoche, que lo resumía todo en dos palabras: «La reflexión debe preparar; el rayo, ejecutar.» Por los artículos patrióticos que enviaba al diario de Marat, se había captado el favor de Bouchotte; por su fervor patriótico y sus excelentes prendas de soldado, el de Dantón; por una Memoria que había presentado al Comité de Salvación Pública sobre la dirección de la guerra del Norte, el de Carnot. «La rutina nos pierde; decía... Arrasemos las plazas fuertes que no podemos defender sin diseminarnos, y coloquémonos resueltamente en el centro de los ejércitos enemigos; más fuertes reunidos que cada uno de aquellos separadamente, marchemos del ejército que hayamos vencido al que esté por vencer.» Lo mismo exactamente que pensaba Carnot; había adivinado Hoche la guerra moderna. Desde que lo vió el ejército fué suyo: «Oh, amigos míos, escribía un joven oficial en el diario de la guerra, *L'Argus del Mosela*, nuestro nuevo general me ha parecido joven como la Revolución, robusto como el pueblo... Su mirada es dominadora y extensa, como la del águila; esperemos, amigos míos, que sabrá dirigirnos como los franceses deben serlo.» De sus labios salían frases dignas de un espartano: «Con bayonetas y pan podemos vencer á Europa... Cuando la espada es corta, se da un paso más.» Bajo los nuevos jefes, los ejércitos del Mosela y del Rhin cambiáronse en pocos días. Hoche y Pichegru hicieron con sus subordinados lo que se había hecho con ellos: hacer saltar los grados intermediarios á todos los jóvenes cuyo valor reconocieron é hicieron comprender á los representantes. ¡Qué de héroes no produjo esta medida! La confianza renació en el ánimo de todos, de los soldados como de las poblaciones, que suministraron con entusiasta desprendimiento hombres, efectos y víveres. El orden fué restablecido en días: ya no se vió al soldado faltar al respeto al oficial, ni al oficial oprimir ó abandonar al soldado. Todo se restauró bajo la triple influencia de Hoche, Pichegru y Saint Just. El ejército pudo ya combatir.

Por su audacia, Hoche cayó en la tentación de acometer por sí solo la empresa de libertad á Landau. Su movimiento de avance coincidió con el de replegarse los prusianos detrás del Lauter, hacia posiciones más fuertes, y él creyó que retrocedían de miedo. «Los descamisados, escribió, han rechazado á los bien vestidos.» Cara pagó su ilusión. Tres días luchó desesperadamente para desalojar á Brunswick de Kaiserslautern, sin adelantar un paso, y gracias que no perdió la serenidad, retirándose con orden y prontitud admirables, sin dejar nada en poder del enemigo, que no trató de perseguirle. Probablemente, esto le salvó de un fin semejante al de Houchard. A los pocos días (cuatro y siete de Diciembre) recibió dos cartas, la una de Saint Just, la otra de Carnot, á nombre del Comité de Salvación Pública. Decíale el primero: «Has contraído en Kaiserslautern un

nuevo compromiso. En vez de una victoria, son menester dos... Procura el mayor concierto entre tus movimientos y los del ejército del Rhin... Es preciso que todos los que dirijan los movimientos combinados de estos dos ejércitos sean amigos. Procura la mayor rapidez en la marcha sobre Landau; el francés no puede detenerse sin desmayarse.» Carnot le escribía: «Un descalabro no es un crimen, cuando se ha hecho todo lo menester para la victoria; no juzgamos á los hombres por el éxito, sino por sus esfuerzos y su valor. Con nuestra confianza cuentas...; te enviamos diez mil hombres del ejército de Ardenes; procura avisar á Landau que vas á su socorro, y veas en tanto si, juntándote con Pichegru, te sería posible batir al ejército enemigo, que le tiene parado delante de Strasburgo.»

Hoche, sintiéndose tan bien sostenido y reconociendo su error, no vacila en poner por obra el plan de Carnot. Envía al punto doce mil hombres al socorro de Pichegru, comprometido desde mediados de Noviembre en una serie de vigorosos ataques, sin resultado hasta entonces, contra el ejército de Wurmser, y al mismo tiempo, se pone en movimiento con el resto de la fuerza, desembocando la vanguardia el ocho de Diciembre por los Vosgos sobre el flanco de los austriacos, en cooperación con el otro ejército. Desde el quince de Diciembre, renuevanse casi á diario los ataques á las diferentes posiciones de los austriacos, que se extendían desde las alturas de Reichshffen hasta Bischwiller y Drusenhenim sobre el Rhin, con creciente espanto de Wurmser, que veía aparecer sin cesar nuevas masas republicanas, como vomitadas por la tierra. Se peleó con encarnizamiento en las cercanías de Richshoffen, de Voerth, de Frœchswiller, lugares que tan triste celebridad habían de alcanzar más tarde. El 22 de Diciembre, Hoche, ocultando hábilmente su marcha á los prusianos, baja á su vez de los Vosgos con tres divisiones, en derecha á los reductos austriacos de Frœchswiller, desde los cuales diez y seis cañones disparaban sin cesar. «¡A seiscientos francos la pieza, camaradas!» grita Hoche. «¡Aceptado!» responden los soldados, y los diez y seis cañones son tomados en un cerrar de ojos, cayendo Frœchswiller en su poder. El empuje estaba dado. El veintitrés son lanzados los austriacos de Voerth; el veinticuatro, de Sultz, refugiándose desordenadamente en Wissemburgo, seguidos de la muchedumbre de emigrados que había entrado con ellos en Francia y de los contrarrevolucionarios alsacianos, temerosos del castigo que les tenía reservado la República. Aquel mismo día se juntaron en el campo de batalla los dos ejércitos franceses del Rhin y del Mosela, siendo nombrado Hoche general en jefe, contra la voluntad de Saint-Just, que había designado á Pichegru. También Brunswick y Wurmser se entendieron, al fin, conviniendo en hacer juntos un supremo esfuerzo el veintiséis. Pero una vez más les tomó la delantera Hoche, disponiendo para aquel mismo día un ataque general con los dos ejércitos enteros, desde el Rhin hasta las cumbres de los Vosgos: á la derecha, dos divisiones del ejército del Rhin, á las órdenes de un general destinado á una